

Pasión del mundo

13 de Abril de 2014

Pasión y muerte de Jesús

según MATEO 27, 26-66

Entonces les soltó a Barrabás; y Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él, diciendo:

-¡Salve, rey de los judíos!

Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y, terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz.

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir: «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa, echándola a suertes, y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «ÉSTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban y decían, meneando la cabeza:

-Tú, que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.

Los sumos sacerdotes con los escribas y los ancianos se burlaban también, diciendo:

-A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz, y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libere ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?

Hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban.

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó:

-Elí, Elí, lamá sabaktaní. (Es decir:

-Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?)

Al oírlo, algunos de los que estaban por allí dijeron: *-A Elías llama éste.*

Uno de ellos fue corriendo; en seguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber.

Los demás decían:

-Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo.

Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu. Entonces, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Después que él resucitó, salieron de las tumbas, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos.

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrizados:

-Realmente éste era Hijo de Dios.

La muerte de Jesús es una muerte sin brillo, sin gloria, sin lucha. Es lo más difícil de aceptar para quien, como es el caso los discípulos, no entiende las razones de la entrega. Pero más allá de esta carencia de brillo, la verdad anida en la pobre muerte de Jesús, por lo que su grito sálmico (v. 46, Sal 22,2) es, sin duda, un grito de confianza en el Padre que le acompaña más que nunca.



La Pasión de Jesús en Mateo es la más envuelta en el silencio y la pobreza. No hay gloria ni brillo en esa muerte. Pero no logra borrar el contenido de confianza en el mismo grito de la muerte: así, el abandono de Jesús era la prueba misma de la certeza de la presencia del Padre. Nunca Dios está tan cerca de Jesús como cuando se halla clavado en el patíbulo. Por eso, su muerte encierra la semilla, profunda, de la resurrección.

La cruz para Jesús es la consecuencia de vivir con pasión la relación con el Padre y con los hombres. Su amor por los perdidos, le llevó a su propia perdición. La pasión de Jesús es la pasión de Dios por los hombres. En el Credo decimos que *"por nosotros fue crucificado, muerto y sepultado"*. Es una invitación a contemplar la inmensidad del amor de Dios, a dejamos inundar y desbordar por ese amor. Sería muy importante personalizar ese amor según las palabras del apóstol Pablo: *"El hijo de Dios me amó y se entregó a la muerte por mí"*.

Pasiones de ahora mismo. Abundan en este momento las pasiones que sufren los pobres: los refugiados que arrastran su cruz de campo en campo, de país en país; las mujeres que sufren en su cuerpo la muerte y el ultraje sin ninguna piedad por parte de sistemas patriarcales que las miran como objetos; los niños que son carne de guerra y cantera de ejércitos despiadados que, sin mirar a su alma infantil, los usan como meros instrumentos bélicos; la legión de olvidados que siguen en el olvido y morirán en él. Pasiones de ahora mismo que es preciso mirar con piedad.

Pasiones que nos salvan: Casi siempre estamos tentados de leer las pasiones de los pobres desde la compasión y la conmoción, pocas veces desde la solidaridad. Pero tendrían que llegar a ser pasiones que no solamente nos conmovieran, sino que nos movieran. Por eso, decidirse a hacer es la mejor manera de responder a la entrega, dura y generosa, de las pasiones de los pobres.

Cuando la conversión se traduce en solidaridad: Porque se puede ser solidario con las pasiones de los pobres no tanto desde la compasión sino desde la solidaridad. Lo primero, para tratar de que mengüe el número de esas pasiones hasta su desaparición; lo segundo, para entrever en ellas el caudal de aportación a la humanización del camino histórico; finalmente, para compartir el riesgo que han motivado muchas de esas entregas y hacer así que el mal no campe a sus anchas

Cuando se entra en la rutina de ser cristiano "homologado", con código de barras incluido, se suele llevar también la fecha de caducidad ampliamente superada. Todos deberíamos ser cristianos atípicos. Hemos de vivir una fe bien personalizada, no rutinaria o meramente social. Le recomiendo que en su vida de fe funcione con un corazón modelo "viuda pobre". Ante Dios es lo que más mola.

ÁNGEL ALVARO CORT